

Edith Wharton
El arrecife

Traducido del inglés por Ainize Salaberri

Alianza editorial

Título original: *The Reef*

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Ainize Salaberri, 2025

© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-1148-991-1

Depósito legal: M. 3.409-2025

Printed in Spain

Libro I

I

«Contratiempo inesperado. Por favor, no vengas hasta el treinta. Anna».

Las palabras de aquel telegrama habían martilleado los oídos de George Darrow durante todo el trayecto en tren desde Charing Cross hasta Dover, haciendo resonar cada resquicio de ironía que se escondía en unas sílabas tan ordinarias: las pronunció, como si de un disparo de mosquetes se tratase, permitiendo que se infiltrasen de una en una en su cerebro, lenta y fríamente, revolviéndose y lanzándose e intercambiándose como un dado en un juego de los malvados dioses; y ahora, ya en el andén, mientras salía de su compartimento y observaba, inmóvil, los remolinos de viento y el mar bravío en el horizonte, las palabras le asaltaron como si llegasen desde las mismísimas crestas de las olas, y le picaron y cegaron con una renovada furia por el escarnio.

«Contratiempo inesperado. Por favor, no vengas hasta el treinta. Anna».

Le había dado largas a última hora y por segunda vez: le había dado esquinazo con toda su dulce sensatez, y con una de sus habituales «buenas» razones; estaba convencido de que esta excusa, al igual que la anterior (la visita del tío viudo de su esposo), era «buena». Pero era precisamente esa certeza lo que le dejó helado. El hecho de que ella lidiase con tanta mesura con su relación arrojaba una luz irónica sobre la idea de que no había existido ninguna calidez excepcional en cómo le había saludado después de doce años de separación.

Se habían reencontrado en Londres, unos tres meses antes, en una cena en la embajada americana, y cuando ella lo vio, su sonrisa fue como una rosa roja prendida en su vestido de luto. Él aún sentía el rubor de sorpresa que había surgido cuando, entre los rostros conocidos de los comensales de aquella temporada, se había encontrado inesperadamente con el suyo, con su pelo moreno recogido y sus grandes ojos; ojos en los que había reconocido cada pequeña curva, cada pequeña sombra, igual que hubiese reconocido, después de casi media vida, los detalles de la estancia en la que había jugado de niño. Y como ella había destacado entre la plomiza e infausta multitud, delgada, solitaria y diferente, él había sentido, en el mismo instante en el que sus miradas se cruzaron, que ella también se había fijado en él. Su sonrisa había dicho todo eso y mucho más; no solo había dicho «me acuerdo», sino «recuerdo exactamente lo mismo que recuerdas tú»; casi, de hecho, como si su memoria hubiese ayudado a la suya, como si su mirada hubiese devuelto ese primer brillo matutino a aquellos momentos recuperados. Así que cuando su atareada embajadora les dijo: «Oh, ¿conoce a la señora Leath? Es perfecto, ya que el general Farnham me ha fallado», y los juntó para ir al comedor, Darrow sintió una ligera presión en su brazo, una presión que enfatizaba, suave pero indudablemente, la exclamación: «¿No es maravilloso? ¿En Londres, en plena temporada, entre la multitud?».

Aunque aquellas señales no fuesen gran cosa, como ocurría con todas las mujeres, los movimientos y sílabas de la señora Leath mostraban su calidad. Incluso en los viejos tiempos, cuando era una muchacha de mirada seria, apenas había errado en sus suaves caricias; y Darrow, al reencontrarse con ella, había percibido de inmediato que se había convertido en un instrumento de expresión más fino y confiado.

La velada que habían pasado juntos no hizo más que confirmar su sensación. Le había contado, tímida pero honestamente, lo que le había ocurrido a lo largo de esos años en los que, sorprendentemente, no habían logrado coincidir. Le habló de su matrimonio con Fraser Leath, y de su posterior vida en Francia, donde la madre de su esposo, viuda desde su juventud, se había vuelto a casar con el marqués de Chantelle, y donde, en parte debido a estas segundas nupcias, su hijo se había instalado definitivamente. También le había hablado, con intenso y profundo afecto, de su pequeña Effie, que ya tenía nueve años, y, con el mismo arrebató de ternura, de Owen Leath, el encantador e inteligente hijastro del que se había hecho cargo después de la muerte de su marido...

Un mozo, al tropezarse con las maletas de Darrow, le hizo percatarse de que seguía obstruyendo el andén y que era un estorbo tan inerte como su equipaje.

—¿Va a cruzar, señor?

¿Iba a cruzar? No tenía ni idea, en realidad; pero a falta de un impulso más convincente siguió al mozo hasta el vagón de equipajes, señaló sus pertenencias y se giró para seguirlo por la pasarela. Mientras el viento feroz se le echaba encima, levantando un muro de cristal frente al que sus esfuerzos resultaban inútiles, volvió a sentir el escarnio de su situación.

—Hoy hace un tiempo desfavorable para cruzar, señor —le dijo el mozo mientras recorrían el estrecho camino hasta el muelle. El tiempo era desfavorable, desde luego. Pero resultó que,

afortunadamente, Darrow no tenía ni la más mínima necesidad de cruzar.

Mientras avanzaba siguiendo la estela de su equipaje, sus pensamientos volvieron a deslizarse por el viejo surco del pasado. Se había cruzado una o dos veces con el hombre al que Anna Summers había preferido antes que él, y desde que se había reencontrado con ella había estado ejercitando su imaginación, visualizando cómo debía de haber sido su vida de casada. Su marido le había parecido esa clase de espécimen norteamericano del que no sabes claramente si vive en Europa para cultivarse en el arte, o si se dedica al arte como pretexto para vivir en Europa. La disciplina del señor Leath era la pintura en acuarela, pero la practicaba furtivamente, casi en la clandestinidad, con el desdén que un hombre de mundo siente por prácticamente todo lo que roza lo profesional, mientras que sí que se dedicaba, más abiertamente y con seriedad religiosa, a coleccionar cajitas de rapé esmaltadas. Era rubio, vestía de manera elegante, con la distinción física que da tener una complexión esbelta, una nariz fina y el rictus constante de parecer asqueado. Pero ¿quién no tendría esa cara en un mundo en el que cada vez era más difícil encontrar auténticas cajitas de rapé esmaltadas y en el que el mercado estaba plagado de falsificaciones fragrantés?

Darrow se había preguntado a menudo qué tenían en común el señor Leath y su esposa. Había llegado a la conclusión de que probablemente nada. Las palabras de la señora Leath no daban a entender que su marido le hubiese demostrado que se había equivocado en su elección, pero había sido precisamente aquella reticencia la que la había delatado. Habló de él con una especie de seriedad impersonal, como hablaría de un personaje de novela o una figura histórica, y parecía que se había aprendido de memoria lo que decía y que lo había deslustrado a fuerza de repetirlo tanto. Esto acentuó considerablemente la impresión de que el encuentro entre ambos había aniquilado los años inter-

medios. Ella, que siempre se había mostrado esquiva e inaccesible, de repente se había vuelto comunicativa y amable: le había abierto las puertas de su pasado y le había permitido, tácitamente, sacar sus propias conclusiones. Por eso, él se había despedido de ella con la sensación de que había sido elegido, de que era un privilegiado, a quien le había confiado algo valioso que debía conservar. Ella le había regalado la felicidad durante su encuentro y le había permitido que hiciera con ella lo que quisiera; y la franqueza del gesto duplicaba la belleza del regalo.

Su siguiente encuentro había prolongado e intensificado esa impresión. Se habían reencontrado unos días más tarde en una vieja casa de campo llena de libros y cuadros en el dulce paisaje del sur de Inglaterra. La presencia de un gran grupo, con todos sus desplazamientos agitados y sin rumbo, había servido única y exclusivamente para aislar a la pareja y darles (al menos para la fantasía del joven) un sentimiento más profundo de comunión; y los días que pasaron en aquel lugar habían sido como una especie de prelude musical en el que los instrumentos, respirando de manera casi imperceptible, parecían retener las olas de sonido que les aprisionaban.

La señora Leath, en esa ocasión, no fue menos amable que la vez anterior, pero se las ingenió para hacerle entender que lo que terminaría inevitablemente por llegar no llegaría tan pronto. No había mostrado ninguna duda respecto al tema, no se trataba de eso; más bien parecía que no deseaba perderse ni un solo instante del renacimiento gradual de su intimidad.

Darrow, por su parte, estaba feliz de esperar, si ella así lo deseaba. Recordó que en una ocasión, en América, cuando ella era una niña, él había ido a alojarse con su familia en el campo; cuando llegó, ella no estaba, y su madre le dijo que la buscara en el jardín. Tampoco estaba allí, pero la vio a lo lejos, acercándose por un largo camino bajo la sombra. Sin acelerar el paso, le había sonreído y le había hecho un gesto para que la esperara;

y él, ensimismado por las luces y las sombras que se arrojaban sobre ella mientras se movía, así como por el placer de observarla avanzando lentamente hacia él, obedeció y aguardó, quieto. Y ahora parecía que caminaba hacia él a través de los años, mientras las luces y las sombras de los recuerdos y de las esperanzas nuevas se reencarnaban en ella, y cada paso que daba le permitía a Darrow ver un atractivo diferente. Ella ni vaciló ni se desvió, sabía que iría directa a donde él se encontraba. Pero algo en sus ojos dijo «espera» y, de nuevo, obedeció y aguardó.

El cuarto día un acontecimiento inesperado desmoronó sus cálculos. La reclamaron en la ciudad por la llegada a Inglaterra de la madre de su marido, y se marchó sin darle a Darrow la oportunidad con la que contaba, y él se maldijo a sí mismo por ser lento y torpe. Aun así, su decepción menguó porque tenía la certeza de volver a estar con ella antes de que se marchase a Francia; de hecho, volvieron a verse en Londres. Allí, sin embargo, el ambiente había cambiado con las circunstancias. No podía decir que ella le evitase, o que se alegrase menos de verle, pero estaba asolada por los compromisos familiares y, tal y como había creído, estaba demasiado entregada a ellos.

La marquesa de Chantelle, como Darrow notó en seguida, tenía la misma suave magnificencia que el difunto señor Leath: una especie de insistente modestia ante la que todos a su alrededor cedían. Quizás era la sombra de la presencia de esta dama, dominante incluso durante sus breves eclipses, la que refrenó y silenció a la señora Leath. Esta última, además, estaba preocupada por su hijastro, quien, poco después de licenciarse en Harvard, había sido rescatado de una historia de amor tormentosa y, finalmente, tras unos meses complicados y a la deriva, había hecho caso a los consejos de su madrastra y se había ido a Oxford para cursar un año de estudios complementarios. La señora Leath lo visitó una o dos veces, y el resto de sus días estuvieron repletos de obligaciones familiares: conseguir, como ella

decía, «vestidos e institutrices» para su pequeña, a quien había dejado en Francia, y dedicar el resto de sus horas a largas jornadas de compras con su suegra. No obstante, durante sus breves escapadas del deber, a Darrow le había dado tiempo de sentirla segura bajo la custodia de su devoción, de la que huía durante alguna hora ineludible. Y la última noche, en el teatro, entre la eclipsante marquesa y el nada suspicaz Owen, habían tenido una conversación que resultó ser prácticamente decisiva.

Ahora, incluso con aquel martilleo del viento en sus orejas, Darrow seguía escuchando el eco burlón de su mensaje: «Contratiempo inesperado». En una existencia como la de la señora Leath, tan ordenada y expuesta al mismo tiempo, sabía que una complicación de lo más nimia podía adoptar la magnitud de un «contratiempo». Sin embargo, aun admitiendo, con toda la imparcialidad que su estado de ánimo le permitía, el hecho de que, con su suegra siempre bajo su techo y la presencia intermitente de su hijastro, el destino de la señora Leath estaba plagado de un centenar de pequeñas tareas que normalmente eran ajenas a la libertad de la viudedad... incluso teniendo esto en cuenta, no podía evitar pensar que el propio ingenio engendrado en tales condiciones podría haberla ayudado a encontrar una excusa para escapar de ellas. No, su «motivo», el que fuese, podía ser, en este caso, una simple excusa, a menos que se inclinase hacia la posibilidad, bastante menos halagadora, de que cualquier motivo pareciese lo suficientemente bueno como para darle largas. Desde luego, si su bienvenida había significado lo que él se había imaginado, ella no podía por segunda vez en pocas semanas haberse sometido tan dócilmente a la alteración de sus planes; una alteración que, teniendo en cuenta sus deberes oficiales, podría tener como resultado, por lo que ella sabía, que él no pudiese ir a verla durante meses.

«Por favor, no vengas hasta el treinta». El treinta, ¡y tan solo estaban a día quince! Tiró a la basura aquellos quince días como

sí, en vez de ser un diplomático activo y joven que para responder a su llamada había tenido que hacer malabares para arreglárselas con sus múltiples compromisos, hubiese sido un zángano al que las fechas le eran indiferentes. «Por favor, no vengas hasta el treinta». Y eso era todo. No había rastro ni de justificación ni de arrepentimiento, ni siquiera el superficial «te escribiré» con el que se suelen aplacar golpes como estos. Ella no le quería y había tomado el camino más corto para decírselo. Incluso en el primer momento de exasperación le pareció significativo que no hubiese disfrazado el aplazamiento con una mentira piadosa. Sus ángulos morales no estaban, desde luego, pulidos.

«Si le pidiese que se casase conmigo, me rechazaría con el mismo lenguaje. ¡Pero menos mal que no lo he hecho!», pensó.

Tales consideraciones, que lo habían acompañado kilómetro tras kilómetro desde Londres, alcanzaron un clímax irónico en cuanto se vio arrastrado por la multitud en el muelle. No apaciguó sus sentimientos recordar que, de no haber sido por la falta de previsión de ella, estaría sentado delante de la chimenea de su club en Londres, en lugar de estar pasando frío entre el húmedo rebaño del muelle en aquel día tan tormentoso de finales de mayo. Tenía aceptado que el género opuesto tiene derecho a cambiar de opinión, pero ella podría al menos haberle avisado de su cambio de parecer telegrafiándole a su habitación directamente. Pero, pese a que habían intercambiado cartas, a ella se le había pasado, al parecer, apuntar su dirección; y un emisario, sin aliento, había salido de la embajada a toda velocidad para alcanzar el tren, que salía ya de la estación, y lanzar el telegrama a su compartimento.

Sí, le había dado oportunidades de sobra para que supiera dónde vivía, y esta pequeña prueba de su indiferencia se convirtió, mientras se abría paso entre la multitud, en el objeto principal de su enfado con ella y del escarnio hacia su persona. Que le clavasen la varilla de un paraguas en el muelle, a medio cami-

no, acrecentó su exasperación, pues fue entonces cuando se percató de que llovía. Al instante, la estrecha plataforma se convirtió en un campo de batalla lleno de cabezas que se interponían, se inclinaban y se esquivaban. La lluvia levantó el viento y los pobres desdichados expuestos a este doble asalto descargaron sobre sus vecinos la venganza que no podían descargar sobre los elementos.

La forma saludable de disfrutar de la vida que tenía Darrow lo convertía, en general, en un buen viajero que toleraba que la humanidad se apelonase, pero en esa ocasión se sintió disgustado por estos acercamientos tan promiscuos. Fue como si toda la gente a su alrededor lo hubiese calado y conociese el dilema en el que se encontraba, como si estuviesen chocándose con él y empujándole desdeñosamente como el ser insignificante en el que se había convertido. Sus paraguas y sus codos parecían decirle: «No te quiere, no te quiere, no te quiere».

Cuando lanzaron el telegrama a su compartimento, juró de la misma: «No, no voy a volver bajo ningún concepto», como si el remitente pudiera alegrarse maliciosamente de que volviera sobre sus pasos en vez de continuar hasta París. Se daba cuenta en ese momento de la absurdidad del juramento y agradeció a su buena suerte que no necesitase zambullirse, sin ningún propósito, en la furia de las olas en el exterior del puerto.

Con eso en mente, se giró para buscar a su mozo. Pero la cercanía de los paraguas chorreantes hizo que fuese imposible señalar, y cuando se dio cuenta de que lo había perdido de vista, volvió a subir a la plataforma. Cuando la alcanzó, un paraguas en pleno descenso se le enganchó en la clavícula, y al momento siguiente, doblado hacia un lado por el viento, se dio la vuelta y se elevó, como una cometa, en el brazo indefenso de una mujer.

Darrow agarró el paraguas, le bajó las varillas y observó el rostro que apareció tras él.

—Espere un minuto —dijo—, no puede quedarse aquí.

Mientras hablaba, una horda de gente hizo que la dueña del paraguas se cayese de forma abrupta sobre él. Darrow la sostuvo con los brazos extendidos y, cuando recuperó el equilibrio, ella exclamó:

—¡Oh, cielos, oh, cielos! ¡Está destrozado!

Su rostro alzado, fresco y sonrojado bajo la lluvia torrencial despertó en él el recuerdo de haber visto aquella cara hacía mucho tiempo y en un entorno ligeramente desagradable. Pero no era el momento de seguir esas pistas y era evidente que el rostro se abriría camino por sus propios méritos.

Su dueña había soltado su bolso y sus bultos para aferrarse al paraguas hecho jirones.

—Lo compré justo ayer en los almacenes... ¡Y ya está totalmente destrozado! —se lamentó.

Darrow sonrió ante la intensidad de su aflicción. Era carnaza para el moralista que, junto con catástrofes como la suya, la naturaleza humana aún se perturbaba ante infortunios tan microscópicos.

—¡Aquí tiene el mío si lo desea! —le gritó a través del rugido del vendaval.

El ofrecimiento hizo que la joven lo mirase con más atención.

—¡Pero si es el señor Darrow! —exclamó—. ¡Oh, gracias! Podemos compartirlo si quiere —añadió, encantada de haberle reconocido.

Lo conocía, entonces. Y él la conocía a ella, pero ¿cómo y dónde se habían presentado? Dejó a un lado la cuestión, ya la solucionaría más tarde, y se la llevó a una esquina más resguardada y le pidió que aguardase hasta que él pudiese encontrar a su mozo.

Cuando, unos minutos más tarde, volvió con sus pertenencias recuperadas y la noticia de que el barco no zarparía hasta que bajase la marea, ella no mostró preocupación alguna.

—¿En dos horas? Qué suerte, ¡así podré encontrar mi baúl!

En cualquier otra situación, Darrow se hubiese sentido poco dispuesto a involucrarse en la aventura de una jovencita que había perdido su baúl, pero en ese momento le alegraba tener cualquier pretexto para hacer algo. Incluso aunque decidiese coger el siguiente tren a Dover, aún le quedaba una aburrida hora de espera, por lo que el remedio más obvio era dedicársela al encanto angustiado que tenía bajo su paraguas.

—¿Ha perdido un baúl? Permítame ver si lo encuentro.

Le agradó que ella no le devolviese el típico: «Oh, ¿lo haría?». Muy al contrario, ella le corrigió con una carcajada:

—Un baúl no, mi baúl, no tengo otro. Pero será mejor que primero se asegure de que suban sus cosas al barco —añadió rápidamente.

—No sé si voy a cogerlo —contestó Darrow, como si al decir sus planes en voz alta los dotase de fundamento.

—¿No lo va a coger?

—Bueno... Quizás no coja este barco. —Sintió de nuevo una indecisión vergonzosa—. Es probable que tenga que volver a Londres. Estoy... Estoy... esperando una carta. —«Se va a pensar que soy un indeciso», pensó—. Pero, mientras tanto, disponemos de mucho tiempo para encontrar su baúl.

Cogió los enseres de su acompañante y le ofreció el brazo, lo que le permitió acercar más su cuerpecito a él bajo el paraguas; y mientras caminaban de vuelta a la plataforma, unidos como estaban, juntándose y separándose como marionetas manejadas por el viento, él seguía preguntándose dónde podría haberla visto. La había clasificado de inmediato como compatriota: su nariz pequeña, sus tonos claros, una especie de delicadeza esbozada en su rostro, como si la hubieran pintado brillante pero ligeramente con acuarela; todo ello confirmaba la evidencia de su voz aguda y dulce, y de sus rápidos e incesantes gestos. Era americana, claramente, pero en ella aquella imprecisa cualidad nativa se había debilitado debido a un entramado más es-

trecho de miras: una amalgama producto de una raza inquisitiva y adaptable. Todo esto, sin embargo, no le ayudó a recordar su nombre, ya que por la embajada de Londres no dejaban de pasar personas como ella, donde los norteamericanos estrictos e inmutables eran cada vez menos habituales que los flexibles.

Más sorprendente que el hecho de ser incapaz de identificarla era la persistente sensación de que la relacionaba con algo incómodo y desagradable. Una visión tan placentera como la que relucía ante él entre el pelo castaño húmedo y la boa marrón mojada debería haberle evocado únicamente asociaciones igual de agradables; pero todos sus esfuerzos por encajar su imagen en el pasado tuvieron como resultado los mismos recuerdos aburridos y una confusa incomodidad...

II

—¿Acaso sigue sin acordarse de mí? ¿De la casa de la señora Murrett? —le lanzó la pregunta a Darrow desde el otro lado de la mesa de la silenciosa cafetería a la que le había sugerido ir a tomar una taza de té tras una larga e infructuosa búsqueda de su baúl.

En aquel retiro, que olía a humedad, se había quitado su sombrero empapado y lo había colgado cerca del fuego para que se secase, y poniéndose de puntillas se estiró delante del espejo redondo coronado con un águila, situado encima de la repisa en la que descansaban los jarrones de las siemprevivas, para peinar-se el pelo con los dedos. El gesto reavivó los sentimientos adormecidos de Darrow al igual que el fulgor del fuego estimulaba su circulación. Y cuando él le había preguntado si acaso no tenía también los pies húmedos, ella, después de una profunda inspección de su calzado robusto, había respondido alegremente que afortunadamente no, pues llevaba botas nuevas. Empezó a

sentir que las relaciones humanas aún podían resultar tolerables si estuviesen siempre libres de formalidades.

Cuando su acompañante se quitó el sombrero, además de provocarle tales pensamientos, le permitió ver bien su rostro por primera vez. Y la imagen le resultó tan favorable que el nombre que pronunció en ese mismo instante le asestó una sacudida de consternación bastante desproporcionada.

—Oh, la señora Murrett. ¿Fue *allí*?

Ya la recordaba, por supuesto. Recordó que era una de esas presencias sombrías que caminaban de forma furtiva por aquella horrible casa de Chelsea, uno de esos apéndices mudos de la histriónica e inevitable señora Murrett, en cuyas garras había caído durante su alocada búsqueda de *lady* Ulrica Crispin. Oh, ¡el sabor de las locuras pasadas! ¡Qué insípido era y cómo permanecía!

—Me crucé varias veces con usted en las escaleras —le recordó ella.

Sí, la había visto escabullirse mientras subía al salón en busca de *lady* Ulrica, lo recordaba ahora. Aquel recuerdo hizo que la mirara con más atención. ¿Cómo una cara como la suya podría haberse visto involucrada en la turba de los Murrett? Sus fugitivas líneas oblicuas, que se prestaban a todo tipo de tiernas inclinaciones y escorzos, poseían la gracia strafalaria de algún rostro joven de la comedia italiana. El pelo le caía sobre la frente como un mechón de duendecillo, y su color hacía juego con sus ojos castaños con manchitas negras y con el pequeño lunar marrón que tenía en la mejilla, entre la oreja, que estaba hecha para tener una rosa por detrás, y la barbilla, que debería descansar sobre una gorguera. Cuando sonreía, la comisura izquierda de su boca se elevaba un poco más que la derecha, y su sonrisa comenzaba en los ojos y corría hasta los labios como dos haces de luz. ¡Y había ignorado aquello solo por llegar hasta *lady* Ulrica Crispin!

—Pero, claro, usted no se acordará de mí —le estaba diciendo—. Me apellido Viner. Sophy Viner.

¿Que no la recordaba? ¡Por supuestísimo que sí! Estaba total y absolutamente seguro.

—Es la sobrina de la señora Murrett —afirmó.

Negó con la cabeza.

—No, de eso nada. Solo soy su lectora.

—¿Su lectora? ¿Está queriendo decir que la señora Murrett lee alguna vez?

La señorita Viner se deleitó con su sorpresa.

—¡No, por Dios! Pero escribía notas, llevaba su agenda, sacaba a sus perros de paseo y lidiaba con gente aburrida por ella.

—Qué horrible tuvo que ser —dijo Darrow.

—Sí, pero nada tan terrible como ser su sobrina.

—Eso sí que me lo creo. Me alegra escuchar que ha utilizado el pasado —añadió.

La joven pareció languidecer un poco cuando escuchó aquella frase. Después levantó la barbilla con una sacudida desafiante.

—Sí. Todo ha terminado entre nosotras. Nos acabamos de separar entre lágrimas, ¡pero no en silencio!

—¿Se acaban de separar? ¿Quiere decir que ha estado allí todo este tiempo?

—¿Desde que solía venir a ver a *lady* Ulrica? ¿Tantísimo tiempo le parece?

La imprevisibilidad de la estocada, así como su dudoso gusto, enfrió lo mucho que estaba empezando a disfrutar de la charla. Estaba empezando a gustarle de verdad; había recuperado, bajo la cándida aprobación de su mirada, su estado natural de jovencito agradable, con todos los privilegios pertenecientes a esa condición, en vez de la chusma anónima que se había sentido entre la multitud que abarrotaba el muelle. Le molestó, en

ese preciso momento, que le recordasen que la naturalidad no siempre implica buen gusto.

Ella pareció adivinar sus pensamientos.

—¿No le gusta que diga que usted venía por *lady* Ulrica?
—le preguntó inclinándose sobre la mesa para servirse una segunda taza de té.

Le gustaba su rapidez, en cualquier caso.

—¡Prefiero eso a que piense que iba a ver a la señora Murrett! —rio.

—Oh, ¡nosotros nunca pensamos que alguien viniese por la señora Murrett! Siempre era por otras cosas: la música, el cocinero (cuando había uno bueno) o la gente. *Cualquier otra persona*, por lo general.

—Entiendo.

Era divertida y eso, en su estado de ánimo actual, era más importante para él que el matiz exacto de su buen gusto. También era extraño descubrir de repente que el borroso tapiz del fondo de la señora Murrett había estado vivo y lleno de ojos todo el tiempo. Ahora, con un par de ellos mirándole a los suyos, era consciente de que la perspectiva, curiosamente, había cambiado.

—¿Quiénes eran esos «nosotros»? ¿Un enjambre de testigos?

—Éramos unos cuantos —sonrió—. Veamos, ¿quiénes estaban en su época? La señora y la señorita Bolt, el profesor Didymus y la condesa polaca. ¿No recuerda a la condesa polaca? Tenía mirada de cristal y tocaba los acompañamientos, y la señora Murrett la echó porque la señora Didymus la acusó de hipnotizar al profesor. Pero no se acuerda, por supuesto. Éramos invisibles a sus ojos, pero nosotros sí que veíamos. Y todos nos hacíamos preguntas sobre usted...

Darrow volvió a ruborizarse.

—¿Qué pasaba conmigo?

—Bueno... Si era usted o ella quien...

Se avergonzó, pero escondió su desaprobación. Aguardó a escucharla.

—Bueno, la señora y la señorita Bolt y la condesa, naturalmente, pensaban que era *ella*, pero el profesor Didymus y Jimmy Brance, sobre todo Jimmy...

—Espere un momento. ¿Quién demonios es Jimmy Brance?

—¡Estaba en la inopia! ¡No recordar a Jimmy Brance! —exclamó—. Él debía de estar en lo cierto respecto a usted, después de todo. —Dejó que su divertido escrutinio le mortificase un poco—. Pero ¿cómo pudo? ¡Ella era una falsa de pies a cabeza!

—¿Falsa? —A pesar del tiempo y la saciedad, emergió en él el instinto masculino de la propiedad y rechazó la acusación.

La señorita Viner vio su mirada y se rio.

—¡Oh, solo me refiero al exterior! Verá, ella solía venir a menudo a mi habitación después del tenis, o a retocarse por las tardes, cuando había partido, y le aseguro que se desarmó como un rompecabezas. De hecho, solía decirle a Jimmy (solo para enfurecerle): «Me apuesto lo que quieras a que no pasa nada malo, porque sé que ella nunca se atrevería a...». —Separó la palabra en dos, y se sonrojó tan rápido que su cara parecía una rosa de pétalos planos que se difuminaban hasta alcanzar el rosa más intenso del centro.

La situación se salvó gracias a Darrow por medio de una abrupta oleada de recuerdos; él dio paso a una alegría de la que ella se hizo eco con la misma franqueza.

—Por supuesto —consiguió decir entre risas—, solo lo dije para picar a Jimmy...

Su diversión le molestó ligeramente.

—¡Oh, son todas iguales! —exclamó llevado por una incomprendible sensación de decepción.

Le entendió al momento, ¡a ella no se le escapa ni una!

—¿Lo dice porque me considera mala persona y una envidiosa? Sí, tenía envidia a *lady* Ulrica... ¡Pero no por usted o por Jimmy Brance! Simplemente porque ella tenía casi todo lo que yo siempre había querido: ropa, diversión, coches y gente que la admiraba, y se iba a navegar, y a París... ¡Yo me hubiese conformado solo con París! ¿Y cómo cree que una joven puede ver ese tipo de cosas a su alrededor día tras día y no preguntarse nunca por qué algunas mujeres, que no tienen más derechos que nadie, lo tienen todo a su disposición, mientras que otras se pasan el tiempo escribiendo invitaciones a cenas, haciendo números y copiando listas de visita, y terminando calcetines para el golf, y encontrando los lazos que combinen, y asegurándose de que a los perros les den azufre? ¡Una, después de todo, observa su pequeño y propio mundo!

Le lanzó aquellas últimas palabras en un tono que las elevó por encima de la petulancia de la vanidad; pero el sentido de sus palabras se perdió en la estupefacción de su rostro. Bajo los efluvios de su emoción había dejado de ser un jarrón superficial y se había convertido en un espejo cada vez más oscuro y reluciente que quizás devolviese extrañas profundidades de sentimientos. La joven tenía miga, lo veía, y parecía que ella captaba lo que percibían sus ojos.

—Esa es la clase de educación que recibí en casa de la señora Murrett y nunca tuve ninguna otra —dijo encogiéndose de hombros.

—Señor bendito, ¿cuánto tiempo estuvo allí?

—Cinco años. Me quedé más que cualquiera de las otras —dijo, como si fuese algo de lo que sentirse orgullosa.

—Bueno, ¡demos gracias al señor de que haya podido escapar!

Una sombra de lo más perceptible volvió a cruzarle la cara.

—Sí, y quiero estar lo más lejos posible de todo aquello.

—Y, si me permite preguntarle, ¿qué va a hacer ahora?

Bajó la mirada y meditó un momento; después, con cierto orgullo, dijo:

—Me voy a París, a estudiar teatro.

—¿Teatro? —Darrow la miró fijamente, conmocionado. Todas sus confusas y contradictorias impresiones adoptaron un nuevo aspecto ante tamaña revelación. Y con el fin de esconder su sorpresa, añadió jovialmente:

—Oh, ¡al final irá a París después de todo!

—Pero no será el París de *lady* Ulrica. No va a ser, ni mucho menos, un camino de rosas.

—No, desde luego. —Fue un sentimiento de compasión real el que le instó a continuar—. ¿Tiene usted algún..., algún conocido con quien pueda contar?

Soltó una pequeña carcajada, un tanto displicente.

—Solo me tengo a mí misma. Nunca he podido contar con nadie más.

Decidió no contestarle.

—Pero ¿es consciente de que la profesión está abarrotada? Sé que es un cliché...

—Lo tengo muy claro. Pero no podía seguir así.

—Por supuesto que no. Pero si, tal y como dice, aguantó más que cualquiera de las demás, ¿no podría haber esperado un poco hasta estar segura de que se le abriría alguna puerta?

Durante unos instantes no contestó; después lanzó una mirada apática a la ventana, asediada por la lluvia.

—¿No deberíamos ponernos en marcha? —preguntó con una indiferencia altiva que bien podría haber sido la de *lady* Ulrica.

Darrow, sorprendido por el cambio, pero aceptando el desplante como una fase que él intuyó que era parte de un estado de ánimo confuso y atormentado, se levantó de su asiento y cogió su chaqueta del respaldo de la silla en la que ella la había colgado para que se secase. Mientras la sostenía en su dirección, ella levantó rápidamente la mirada.

—La verdad es que discutimos —dijo de repente— y me marché anoche sin cenar y sin mi sueldo.

—Oh —gimió él, con una aguda percepción de todos los sórdidos peligros que podría entrañar una ruptura como aquella con la señora Murrett.

—¡Y sin carácter! —añadió mientras metía los brazos en las mangas—. Y sin un baúl, al parecer. Pero ¿no dijo que antes de irse había tiempo para echar otro vistazo a la estación?

Había tiempo para echar otro vistazo a la habitación, pero la búsqueda volvió a ser decepcionante, pues su baúl no estaba en ninguna parte de la enorme pila que habían descargado del recién llegado exprés de Londres. Este hecho perturbó ligeramente a la señorita Viner, pero se recompuso rápidamente porque necesitaba continuar con su viaje, y su decisión confirmó la confusa determinación de Darrow de ir a París en vez de volver sobre sus pasos a Londres.

La señorita Viner parecía feliz ante la perspectiva de contar con su compañía, reconfortada por su oferta de telegrafiar a Charing Cross en busca del baúl perdido; y la dejó esperando mientras él se apresuraba hacia la oficina de telégrafos. Una vez enviado, y justo cuando se estaba alejando del mostrador, le sobrevino otro pensamiento y volvió y escribió a su criado en Londres: «Sí he recibido alguna carta con matasellos francés desde mi marcha, reenvíala de inmediato al Hotel Terminus Gare du Nord de París».

Después volvió a reunirse con la señorita Viner y partieron bajo la lluvia hasta el muelle.

III

En cuanto el tren abandonó Calais, apoyó la cabeza en una esquinilla y se quedó dormida.